4840

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA

DE

D. JOSÉ GARCIA DE SOLÍS.

FRUTOS AMARGOS.

Ortiz

8 RS.

N.º 336.

MADRID:

LIBRERÍA DE CUESTA
calle de Carretas, núm. 9.

OFICINA DEL CÍRCULO
Lope de Vega, 26, principal.

IMPRENTA DE T. FORTANET, LIBERTAD, NUM. 29.

1861.

18

CATALOGO *de las obras dramáticas de la propiedad, del* CIRCUI LITERARIO COMERCIAL.

DRAMAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

El Monarca cenobita.
Miguel el esclavo.
Soberbia y humildad.
Cid Rodrigo de Vivar.
La India.
Vida por honra.
Madrid por dentro.
Entre el cielo y la tierra.
Susana.
La duda.
Los hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El hijo del ciego.
El Castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
¡Las jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La niña del mostrador.
La mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!
Rioja.
Mujer y madre.
El curioso impertinente.
La Aventurera.
La Pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El Fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El donativo del diablo.
La hija de las flores.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crímen.
La estrella de las montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristóbal Colon.
Un hombre de estado.
El primer giron.
El tesoro del Rey.
El lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El bufon del Rey.
Un voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El hijo del diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el Chico.
El fuego del cielo.
Un juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.
Frutos amargos.
La batalla de Lepanto.

COMEDIAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Por ser ella sin ser ella.
El hijo natural.
El dinero y la opinion.
Un hombre importante.
Quien más mira ménos vé.
La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las Indias en la Córte.
¡Mejor es creer!
Los Organos de Móstoles.
La escuela de los ministros.
El fondo y la corteza.
El tesoro del diablo.
La flor de la maravilla.
El agua mansa.
Un infierno ó la casa de hué pedes.
El duro y el millon.
El oro y el oropel.
El médico de cámara.
Un loco hace ciento.
La tierra de promision
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El peluquero de Su Alteza.
La consola y el espejo.
El rábano por las ojas.
Tres al saco...
Un inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La Condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una aventura de Richelieu
Deudas de honor y amistad
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la Reina Navarra.
El hermano mayor.
Los Dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El marido duende.
El remedio del fastidio.
El lunar de la marquesa.
La pension de Venturita.
Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La ceniza en la frente.
Un matrimonio á la moda.
La voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y hechicero.
Mauricio el republicano.
A quien Dios no le dá hijos.
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortun

FRUTOS AMARGOS

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL

DE

D. MANUEL ORTIZ DE PINEDO.

Estrenado con aplauso en el teatro del Príncipe el 23 de Octubre de 1861.

N.º 336.

MADRID:

IMPRENTA DE T. FORTANET, CALLE DE LA LIBERTAD, NUM. 29.

1861.

Á

MI HIJO ADELARDO.

Querido hijo mio: en este drama me he propuesto ofrecer un duro escarmiento á los hijos que desobedecen á sus madres: hoy pasarás tus ojos de niño por sus páginas sin entenderlas; pero ojalá que algun dia su lectura sirva para enardecer el amor filial en tu corazon de hombre.

Esta obra es propiedad de D. JOSE GARCIA DE SOLIS, quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 18 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844 y Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada, que distingue á los legítimos.

PERSONAGES.	ACTORES.
LUISA.	D.ª Teodora Lamadrid.
LA CONDESA..	María Toral.
LA SEÑORA CATALINA. .	Balbina Valverde.
PETRA.	N. Martinez.
RICARDO.	D. Pedro Delgado.
ADOLFO..	Juan Casañer.
EL MARQUES DEL TOMILLAR.	Antonio Pizarroso.
TOMAS..	Jose Alisedo.

La accion en Madrid en 186...

672612

ACTO PRIMERO.

Sala amueblada con lujo.—Dos puertas laterales y una grande en el fondo.—En el centro un velador encima del cual se ven varios libros y un álbum con cubiertas de concha y nácar.—Espejos, colgaduras, etc.

ESCENA PRIMERA.

LUISA.—PETRA.

LUISA. (*Sentada al lado del velador y cerrando un libro que tiene en la mano.*) Pobre libro! Estoy pasando hojas y hojas... sin leerlas... Cuando la impaciencia se apodera de mis nérvios, no hay nada que pueda entretenerme... Qué verdad es, que el que espera... Pero jamás he sentido yo esta inquietud... Será que ame á ese atolondrado sin darme cuenta á mí misma?... Bah! Estaria bueno... (*Como segura de sí misma.*) No; no puede ser.

PETRA. (*Entrando.*) Señora...

LUISA. (*Levantándose.*) Ah! es él! Que pase.

PETRA. Es el señor marqués quien pide permiso...

LUISA. (*Con disgusto.*) El marqués!

PETRA. Con don Adolfo...

LUISA. (*Con viveza.*) Y qué le has dicho?

PETRA. Que estaba usted en casa...

LUISA. (*Con cólera.*) Qué torpeza!...

PETRA. Como es el señor marqués...

LUISA. Basta. Diles que entren; pero adviérteles que estoy en mi tocador y que no puedo salir ahora. Hombre más inoportuno! (*Váse por la izquierda.*)

PETRA. (Es la primera vez que le hace esperar. Cuanto más estoy á su lado ménos la entiendo.) (*Acercándose á la puerta del fondo.*) Sírvanse ustedes pasar.

ESCENA II.

DICHA.—EL MARQUES.—ADOLFO.

MARQ. (*Mirando á todos lados.*) Y Luisa? (*A Petra.*) No estaba aquí?

PETRA. La señora ha pasado á su tocador y me ha dicho que tenga usted la bondad de esperar...

MARQ. (*Con sorpresa.*) Que tenga?... Pero usted ha anunciado mi nombre?

PETRA. Como siempre. (*Váse por la izquierda.*)

ADOLFO. Já! Já! Qué es esto, señor marqués? Quién tiene razon? Usted que se empeña en que Luisa le ama, ó yo que ando sosteniendo por todas partes que le es usted indiferente?

MARQ. Todavia no hay motivo para suponer...

ADOLFO. Qué no hay motivo? Este recibimiento equivale á un desaire. Nada, nada, derrota completa. (*Ademan de salir.*) Señor marqués, voy á anunciar á los amigos que he ganado la apuesta.

MARQ. Cómo! Espérese usted y verá...

ADOLFO. No tengo nada que ver. Apenas ha anunciado usted su nombre, la hermosa viuda ha huido... precipitadamente.

MARQ. Pero quién le ha dicho usted que ha huido?... Necesita entrar en su tocador antes de recibirnos. La causa no puede ser más legítima.

ADOLFO. Y la confianza de que usted me hablaba? Lo dicho. Voy á pregonar su derrota en el café, en el teatro, en el Casino...

MARQ. Quién ha de hacer caso de usted, de Adolfo, de Adolfito, el hombre ligero, insignificante, que todo lo critica, el correo de la moda, que rueda de tocador en tocador... de fiesta en fiesta, y que lleva colgada de sus lábios una sonrisa eterna... y una cruz de San Juan del ojal de su levita.

ADOLFO. Bravo! Con que yo soy?...

MARQ. El pollo que empieza...

ADOLFO. Y usted el gallo que acaba.

MARQ. Es usted el primer eslabon de una cadena de escándalos.

ADOLFO. Y usted el último.

MARQ. Presume de conocer á las mujeres...

ADOLFO. Y usted las trata sin conocerlas.

MARQ. Hablando siempre como si le apuntaran las canas de la experiencia.

ADOLFO. Esas canas que usted lleva teñidas.

MARQ. Jóven disfrazado de viejo.

ADOLFO. Viejo disfrazado de jóven. Desengáñese usted, marqués; yo soy su pasado y usted es mi porvenir. Yo aparentando los vicios que no tengo, usted disimulando los estragos de los que ha tenido; yo desdeñando á las mujeres que no me miran, usted fingiendo la conquista de las que no le hacen caso; yo gastador sin dinero y usted gastando más de lo que tiene; yo lácio y trasnochado y usted pintado al óleo de los piés á la cabeza, somos el pollo y el viejo verde, la primera y la última página de una novela que se titula *la mala educacion*.

MARQ. Adolfo, advierto á usted que no estoy dispuesto á sufrir sus insolencias.

ADOLFO. Me ha hecho usted mi retrato sin pedírsele y le devuelvo á usted el suyo. Siento que sea demasiado

parecido; pero á mí no me gusta mas que la fotografía.

MARQ. Olvidemos nuestros resentimientos y hablemos de la cuestion. Hace dias que usted se entretiene en asegurar que Luisa está enamorada de Ricardo. Qué indicios tiene usted?...

ADOLFO. No son indicios sino seguridades completas.

MARQ. Usted no ignora quién es Ricardo? Un muchacho atolondrado, inocente, impetuoso, educado en un lugar, que no se ha separado nunca de las faldas de su madre y que ha entrado de repente en Madrid como un pátan vestido de señorito.

ADOLFO. Todas esas circunstancias son las ventajas que Luisa le ha encontrado sobre usted...

MARQ. Es posible que una mujer delicada, de buen gusto, que ha viajado, que tiene talento, mucho talento, prefiera á ese cándido...

ADOLFO. Todo corazon, á un hombre como usted, todo cabeza. Si Luisa fuese una mujer vulgar, se dejaria alucinar por la posicion que usted ocupa. Opulento, gastador, con un título de marqués, empuñando el cetro del lujo y de la moda... Pero Luisa tiene otras aspiraciones; su ambicion es muy profunda y no se satisface con unos cuantos dias de reinado... Otro objeto más sério es el que ella se ha propuesto.

MARQ. Otro objeto más sério?...

ADOLFO. No adivina usted? Señor marqués, Luisa aspira á casarse... Y como usted no está dispuesto á hacerla marquesa...

MARQ. A casarse? Bah! esa es una broma.

ADOLFO. Una broma que le cerrará á usted bien pronto las puertas de esta casa.

MARQ. Vamos, usted trata de chancearse. (*Reflexionando.*) No puede ser... Aunque ella pensara... Ricardo no accederia...

ADOLFO. Si está ciego por ella...

MARQ. Pero no hasta ese punto... Su inexperiencia le ha hecho enamorarse de la primera mujer que ha visto... Esa ráfaga pasará... y si él se obstinase, su madre, que es una señora severa y de carácter, impediria que su hijo se casara con una mujer cuya historia nadie conoce.

ADOLFO. Bah! Cuántos no se casan con mujeres cuya historia sabe todo el mundo!

MARQ. Y sufren las consecuencias...

ADOLFO. Luisa tiene el atractivo de lo desconocido... Bella, rica al parecer, misteriosa, se nos ha presentado como un brillante meteoro... deslumbrando con su lujo y su hermosura... Qué sabemos de ella? Nada. Unos la creen viuda de un conde ruso... Otros...

MARQ. Dudan que sea ni condesa ni viuda.

ADOLFO. El sistema de siempre. Se cree usted desairado y y comienza á murmurar...

MARQ. Pues quiero ser franco... Hace dias que sospecho como usted, que esa mujer ama á Ricardo; pero es tal la pasion que ha logrado inspirarme, la amo con tal ceguedad, que estoy dispuesto á desbaratar sus proyectos por todos los medios posibles.

ADOLFO. Pero si Ricardo se empeña...

MARQ. He escrito á su madre la locura que piensa hacer y ya debe encontrarse aquí...

ADOLFO. Y usted cree que le hará desistir?

MARQ. Lo espero.

ADOLFO. Pues yo no: hace tiempo que sus parientes han hecho lo mismo que usted.

MARQ. Yo la digo tales cosas que la obligarán á venir.

ADOLFO. Já! já! La lucha promete ser...

MARQ. Muy séria.

PETRA. (*Entrando.*) Don Ricardo de Sandoval!

ADOLFO. Ahí le tiene usted. Dispóngase á recibir á la fiera.

ESCENA III.

DICHOS.—RICARDO.

ADOLFO. Amigo Ricardo...

RICARD. (*Que manifiesta en su semblante el disgusto que le causa la presencia del marqués.*) Señores...

MARQ. Llega usted á tiempo. En este momento nos ocupábamos de usted.

RICARD. (*Con intencion.*) Podian ustedes haber esperado á que llegara.

MARQ. Supone Adolfo que está usted enamorado como un niño... hasta el frenesí, hasta la locura, y como el espectáculo de un amor exagerado, romántico... tiene algo de cómico, la noticia me ha hecho reir involuntariamente.

RICARD. (*Con viveza.*) Reir! Señor marqués, no estoy acostumbrado á que mis sentimientos hagan reir á nadie... Si usted trata de inferirme una ofensa con sus palabras, puede explicarse con claridad.

MARQ. Como acaba usted de salir de su lugar, no está usted acostumbrado á los usos de la córte. Aquí la conversacion es un juego de esgrima donde todos los golpes están admitidos cuando se dirigen con el florete del ingenio... Adolfo y yo acabamos de decirnos cuatro verdades sin cambiar de tono ni de gesto...

RICARD. Yo no sé manejar ni el florete de los espadachines...

MARQ. Pues le convendrá á usted tomar algunas lecciones por si acaso le hacen falta...

RICARD. (*Con energía.*) Estoy dispuesto á batirme sin ellas.

ADOLFO. Por mal camino ha echado usted, Ricardo...

RICARD. No tan malo si logro encontrarme en él con alguno de ustedes.

ADOLFO. Yo hago mal compañero de viaje. Por eso no me gusta salir nunca de la córte. Qué seria yo fuera de Madrid? Un pez fuera del agua...

RICARD. O un ganso fuera de su estanque.

ADOLFO. (*Riendo.*) La comparacion me parece algo... lugareña.

MARQ. Estuvo usted esta mañana en el Retiro? (*Con ironía.*)

RICARD. Sí señor, paseando con Luisa.

ADOLFO. Bravo! já! já!

RICARD. He dicho alguna simpleza?

ADOLFO. Por qué?

RICARD. Como se rie usted tanto.

ADOLFO. (Este hombre está por descortezar.)

MARQ. Y ha pedido usted ya permiso á su mamá para enamorarse de la viuda del conde ruso? (*En son de burla.*)

RICARD. (*Sin poderse contener y dando un golpe sobre el velador que produce gran estrépito. Ciego de cólera.*) Señor marqués, no admito reticencias... acerca de una señora...

ESCENA IV.

DICHOS.—LUISA, QUE SALE COMO ASUSTADA.

LUISA. Ricardo!... Señores!... Qué ocurre?

MARQ. (*Sacando una tarjeta.*) Nada señora, (*con frialdad y con ironía*), que Ricardito ha tropezado en el velador al entregarme una tarjeta con su nombre y las señas de su casa. Amigo, tome usted la mia.

RICARD. (*Tomándola y entregándole otra.*) Muchas gracias; es una atencion que deseaba.

ADOLFO. (Pobre chico, me parece que no volverá tan pronto al Retiro.)

MARQ. (*A Luisa.*) Ha concluido usted su tocado?

LUISA. Oh! siento haber hecho esperar á ustedes...

MARQ. Yo venia á decirla únicamente que su encargo está hecho: puede usted disponer del palco número 3, para la noche del estreno... Me ha costado un trabajo conseguirlo...

LUISA. Ah! Señor marqués, no sé cómo decir á usted que me es imposible aceptar su obsequio.

MARQ. Qué causa?...

LUISA. Me siento algo indispuesta y espero estar peor.

ADOLFO. No sé lo dije á usted.

MARQ. Pero el sábado podrá usted asistir á las carreras de caballos? Estoy casi seguro de que mis yeguas inglesas ganarán el premio.

LUISA. Creo que tampoco podré presenciar el triunfo de las yeguas...

ADOLFO. (Yo entretanto estoy viendo la derrota.)

MARQ. Tanto tiempo piensa usted que ha de durarle esta indisposicion repentina? (*Con marcada intencion.*)

LUISA. Quién sabe? Estas cosas empiezan por poco y concluyen...

ADOLFO. Es verdad, por una enfermedad aguda.

LUISA. Jesús! Qué pronóstico!

MARQ. (*Con ademan de salir.*) Señora, no quiero molestar... Recomiendo á usted los paseos por el Retiro.

LUISA. Gracias, marqués; procuraré seguir su consejo.

ADOLFO. Dos veces he estado en la fotografía. Hoy espero recoger los ejemplares.

LUISA. Tantas molestias...

ADOLFO. No dé usted ese nombre al mayor de los placeres. Dentro de unos momentos volveré con ellos si usted me permite...

LUISA. Siempre que usted guste puede honrar esta casa.

MARQ. (*A Ricardo.*) Estoy á sus órdenes.

RICARD. Y yo á las suyas.

MARQ. (*Mirando con ódio á Luisa.*) (Ah! yo te devolveré tu desprecio.)

ADOLFO. A Ricardo. Cuidado con el estanque del Retiro. Dias pasados se ahogó en él...

RICARD. Algun perro faldero?

ADOLFO. Este hombre es otro Segismundo. (*Siguiendo al marqués.*) El marqués suda de cólera. Me temo que va á desteñirse.

ESCENA V.

LUISA.—RICARDO.

LUISA. (*Dirigiéndose con estudiado sobresalto á Ricardo.*) Ricardo! Qué significan esas misteriosas palabras del marqués. Entre él y usted hay un lance pendiente. No me diga usted que no.

RICARD. Por Dios, Luisa, tranquilícese usted.

LUISA. Què me tranquilice, cuando yo soy la causa sin duda.

RICARD. Quién le ha dicho á usted?.. Sospechas infundadas. Dichoso yo si tuviera que correr algun peligro.

LUISA. Dichoso!

RICARD. Sí; porque así podria dar á usted una prueba de mi amor. Yo no la creia á usted tan egoista. Me atreví á decirla anoche la repugnancia con que veia al marqués en esta casa; acaba usted de despedirle de un modo que me ha llenado de orgullo, y cuando tantos sacrificios hace usted por mí, no quiere que yo la demuestre de alguna manera que la adoro, que la idolatro, que estoy dispuesto á dar mi vida y hasta mi alma por una hebra de sus cabellos?

LUISA. (Está ciego!) Qué locura! Imposible! Usted no puede aceptar ese lance. El marqués es un hombre de una destreza extraordinaria en las armas.

RICARD. Qué me importa? Yo opondré á esa destreza mi valor.

LUISA. Oh! de ningun modo, seria un asesinato y yo no puedo consentirlo. Y cuál ha sido el motivo? Que el marqués con su ligereza se habrá permitido alguna chanza acerca de mi persona. Quién le ha mandado á usted defenderme?

RICARD. Que quién me ha mandado? Quién, pregunto yo, tiene derecho para permitirse sobre usted la más insignificante reticencia? Porque la ven á usted sola, en vez de respetar su soledad tratan de ofenderla.

LUISA. Usted no conoce las costumbres de ciertas gentes. Hoy es de mal gusto hablar bien de las mujeres.

RICARD. Y sabiendo que yo amo á usted, ofenderla es dirigirme á mí un ultraje. Si no por usted, le recojo por mí mismo.

LUISA. Tambien usted perderá esa imprudente generosidad que le obliga á tomar la defensa de todo el mundo. Pasaron ya los tiempos de la caballería. Es preciso tener cautela, egoismo. Defender á una pobre mujer! Sabe usted quién yo soy? Déjeme usted seguir mi peregrinacion por el mundo.

RICARD. Luisa, no me desgarre usted el alma con sus palabras. Habla usted así porque no me ama. Si sintiera usted por mí un átomo de cariño, de compasion á lo ménos...

LUISA. Si sintiera... (*Se vuelve como para ocultar su fingida turbacion. Ademan de retirarse.*) Adios Ricardo... perdone usted...

RICARD. (*Deteniéndola.*) Ah! Luisa, qué quiere decir esa turbacion? Que usted me ama. Sí; desde aquí oigo los latidos de su agitado corazon. Quién pudiera detener el tiempo y hacer que este instante durara siglos enteros!

LUISA. (*Fingiéndose muy conmovida.*) Oh! calle usted y no aumente mi tormento...

RICARD. (*Fuera de sí.*) Que calle! Cuando la felicidad me

trastorna, cuando deseo decir mi amor á voces al mundo entero. Luisa, es preciso que cese la soledad en que usted vive: esta situacion no puede prolongarse. Usted no quiere decirme su apellido, pues bien, es preciso que lleve usted el mio.

LUISA. (*Disimulando su alegría.*) (Oh! es un niño.) Yo no puedo aceptar ese sacrificio hijo de un arrebato. Cuando usted reflexione...

RICARD. Sacrificio le llama usted. Blasfemia como ella! No conoce usted que con su injusta modestia exalta mi amor? Dónde podré yo encontrar una mujer más digna de llevar mi nombre?

LUISA. Yo no tengo familia... mi vida es un misterio... Es preciso respetar las preocupaciones...

RICARD. Yo romperé en pedazos esa cadena que la sociedad quiere imponerme. Cuando usted atraviese delante de las gentes apoyada en mi brazo, quién se atreverá á murmurar de la esposa de Ricardo de Sandoval? Esas mismas mujeres, que envidiosas de su hermosura, se atreven á mirarla con insolente curiosidad, bajarán la cabeza.

LUISA. (*Con alegría.*) Oh! no hable usted de eso... Si yo supiera que esas orgullosas damas que me contemplan con su desdeñosa sonrisa... que esta lucha contínua, horrible, que me consume, habia de trocarse en un triunfo... completo. Ah! entonces yo sabria devolverles todo el daño que me han hecho... (*Apoyándose en Ricardo.*) Ricardo, no sé lo que me digo...

RICARD. (*Tomándola una mano.*) Luisa mia, una palabra... una sola... Consiente usted en ser mi esposa?...

LUISA. (*Sollozando.*) Ah! necesito... llorar!... La dicha... me ahoga!...

RICARD. (*Sosteniéndola.*) Luisa de mi vida!

ESCENA VI.

DICHOS.—PETRA.

PETRA. (*Entrando con una carta en una bandeja pequeña.*) Señora...

RICARD. (*Con disgusto.*) Quién se atreve á turbar?...

PETRA. (*A Ricardo.*) Esta carta que traen con mucha urgencia para usted... Me han hecho tantas instancias para que se la entregue en el acto...

RICARD. (*Despidiéndola con el gesto.*) Bien. (*Petra se retira.*) (*Ricardo dejando la carta sobre el velador.*) Qué me importa á mí en estos momentos la sociedad... Hablemos de nosotros mismos.

LUISA. (*Con impaciencia.*) No, lea usted la carta; dicen que es muy urgente... Quién sabe lo que puede contener...

RICARD. Pero qué me puede interesar?...

LUISA. (*Con imperio.*) Abrala usted.

RICARD. Obedezco. (*Leyendo la carta con alegría.*) Mi madre está en Madrid!

LUISA. (*Con inquietud.*) Su madre de usted?

RICARD. Sí; me lo escribe un amigo, compañero de casa, y me añade que ha preguntado por mí con mucho sobresalto. No me explico este viaje repentino... pero de todos modos me alegro en el alma... La hablaré de usted, de sus nobles cualidades; mi madre tiene un gran corazon y deseará estrecharla á usted entre sus brazos.

LUISA. (Inocente! Aristócrata, orgullosa, esa mujer verá en mí... Ah!)

RICARD. Qué piensa usted Luisa? Duda acaso que mi madre?...

LUISA. Dudar, no; pero no creo conveniente que la hable usted hoy mismo de mí.

RICARD. Por qué? Cuando yo la diga, «la mujer á quien amo es un angel, una mujer sublime nacida para que usted la dé el nombre de hija»...

LUISA. Las madres son siempre desconfiadas...

RICARD. No conoce usted á la mia.

LUISA. Bien, corra usted á abrazarla y á saber el objeto de su viaje. Si le habla á usted de mí, venga usted á decírmelo; yo quiero hacerme la encontradiza, que me conozca sin saber quién soy...

RICARD. Luisa, vive usted llena de temores exagerados...

LUISA. Ea, corra usted; no ha leido usted que su madre le busca con inquietud?... Si está prevenida contra mí, no me defienda usted con calor; vuelva usted á decírmelo volando.

RICARD. Prevenida contra usted! Quién se ha de haber atrevido?

LUISA. Cualquiera; el marqués mismo... La calumnia tiene muchos servidores... (*Empujándole.*) Vamos, hasta luego... (*Mirándole con ternura.*) Ah Ricardo! soy tan desgraciada!... no sé por qué me entristece la llegada de su madre de usted...

RICARD. (*Tomándola la mano.*) Pronto la llamará usted, «madre mia!»

LUISA. (*Con afliccion estudiada.*) Me siento sin fuerzas para una dicha tan grande...

RICARD. Qué buena es! (*Estrechándola la mano.*) Adios... (*Se dirige á salir sin sombrero.*)

LUISA. El sombrero!

RICARD. No sé lo que hago. (*Vuelve y le recoge.*) Me voy pero mi alma se queda aquí.

LUISA. (*Con coquetería.*) Adios! (*Ricardo al salir se vuelve para mirarla.*)

ESCENA VII.

LUISA.—LUEGO PETRA Y LA CONDESA.

LUISA. Oh! está loco!... (*Con orgullo.*) Será mi marido! Me parece un sueño que esté para cesar esta vida de farsa y agitacion... Bien pronto dejaré de ser la mujer misteriosa, la aventurera, y podré presentarme con la frente serena y la mirada altiva. Ha sonado la hora de mi triunfo! Ya no tendrán que preguntarse unas á otras quién soy y cómo me llamo. Voy á salir de una lucha para entrar en otra... Murmurarán de mí; pero cuando yo abra las puertas de mis salones, acudirán en tropel á contemplar mi lujo y mi belleza .. Pobre Ricardo!... yo quisiera amarle... pagar con mi amor tanta abnegacion, tantos sacrificios! Imposible!... Ah! mi corazon está gastado, corrompido... Yo no he sentido nunca mas que la ambicion y el orgullo!...

PETRA. (*Entrando con agitacion.*) Una señora se empeña en pasar...

LUISA. Una señora! Su madre acaso... Dila que no estoy...

COND. (*Entrando precipitadamente. Su trage negro, la dignidad de su fisonomía, la dan un aire severo y altivo. Con sobresalto, despues de recorrer la habitacion con una mirada.*) Y mi hijo?

PETRA. (*Retirándose.*) (Que Dios me confunda si comprendo...)

COND. (*Serenándose y acercándose á Luisa con curiosidad pero con aparente calma.*) Señora, perdone usted á una madre, ciega por su hijo, la imprudencia de venir á buscarle á una casa á cuya dueña no tiene el honor de conocer.

LUISA. Yo celebro esa imprudencia que me proporciona la

honra de tratar á usted, una honra que tanto anhelaba...

COND. (*Que continúa mirándola.*) (Y es bella!) (Por qué lo han de ser siempre estas mujeres?) De todos modos, le sorprenderá á usted una visita... tan inesperada?

LUISA. No; sabia ya que llegaba usted hoy... supongo que no habrá usted encontrado á Ricardo en su casa y el deseo de abrazarle...

COND. No es ese solo el objeto... He recibido cartas alarmantes pintándome á mi hijo, distraido, sin querer emprender sus estudios... y además, locamente enamorado...

LUISA. Todo eso se lo ha escrito á usted la severa persona encargada de vigilar su conducta?...

COND. No; otras que le conocen muy mal... Mi hijo enamorado!... Ricardo es un niño impetuoso, educado por mí que no he tenido nunca energía para oponerme á sus caprichos... Ese carácter violento, que yo no he podido doblegar, está templado por la inconstancia y la veleidad más grandes... Me han dicho que está ahora enamorado de usted y aunque la supongo con bastante juicio para no hacer caso de sus protestas de amor, es mi deber advertirla que no es un hombre sino un niño quien á todas horas la estará cansando con sus promesas y juramentos...

LUISA. Ah! yo agradezco á usted mucho el interés hácia mí que la obliga á hablar de ese modo .. Pero yo tambien tengo que hacer á usted una advertencia... Si el carácter de Ricardo es tal como usted dice... soy muy desgraciada.

COND. (*Con severidad.*) Cómo! Usted ha dado oidos?...

LUISA. (*Con fingido rubor.*) He hecho más... he creido en sus palabras y... lo que no quisiera decir, le amo como él me ama á mí...

COND. (*Levantándose indignada.*) Qué se atreve usted á decir? Usted amar á mi hijo! Imposible!

LUISA. Qué le sorprende á usted? Yo no he visto en él esos defectos de que usted me habla... Por el contrario su generosidad, la nobleza de su alma, sus grandes cualidades...

COND. Oh! calle usted... La palabra amor en su boca me indigna.

LUISA. Señora, me ofende usted de una manera que yo no esperaba de su educacion. (*Con altivez.*) Por qué no puedo yo amar?

COND. Porque no ha amado usted nunca. (*Conteniéndola con el gesto.*) No trato de ofender á usted sino de juzgarla.

LUISA. De juzgarme? Y con qué derecho?

COND. Con el que tiene toda madre de aconsejar á su hijo cuando trata de elegir la compañera de su vida.

LUISA. (*Con fingida tristeza.*) Y ese derecho le ejerce usted bien cruelmente... ultrajando á quien no conoce...

COND. Antes de venir aquí he estado en la embajada rusa: allí me han contado la historia de la supuesta viuda del conde de Kisseleff.

LUISA. Y usted cree en esa historia forjada por la calumnia?

COND. Yo no diré que sea cierta: pero al pisar esta casa, al respirar este ambiente, al contemplar este lujo, al verla á usted, mi corazon de madre se ha sobresaltado y, siento decirlo, he comprendido que usted no puede ser la esposa de mi hijo.

LUISA. (*Fingiendo que llora.*) Ah! diga usted lo que quiera... á mí no me toca mas que oirla con resignacion, porque al fin es usted la madre del hombre á quien adoro.

COND. No acuda usted á las lágrimas y no repita que ama á mi hijo.

LUISA. Qué he de hacer cuando usted me niega todas las cualidades... Cuáles son las que usted exige que yo no posea?

COND. Las que necesita una buena esposa.

LUISA. El matrimonio es la recompensa del amor... de la pasion...

COND. No señora, es el premio de la virtud, de esos años pasados en el recogimiento y en la esperanza... Si pudieran acercarse al altar y ceñirse las blancas tocas, emblema de la castidad, lo mismo la mujer impura que la doncella inmaculada, en qué se convertiria esa santa institucion en que hoy descansan la sociedad y la familia?

LUISA. (*Con terrible cólera.*) De modo que usted supone que soy indigna? Y en nombre de quién me dirige usted su acusacion?

COND. En nombre de mi misma honradez, en nonbre de todas las mujeres virtuosas. Quién de ellas seguirá el camino del honor cuando vea que el del vicio lleva al mismo término?

LUISA. Oh! yo no sé cómo la escucho á usted... Aunque yo fuera la mujer que usted supone, aunque yo, víctima de la desgracia y del abandono, tuviese en mi vida alguna falta, el matrimonio me rehabilitaria á los ojos del mundo.

COND. El matrimonio no es una rehabilitacion, es un sacramento.

LUISA. El amor me hará buena esposa.

COND. El amor de usted no es el que crece y se acrisola en el seno de la familia, sino el que abrasa y se desvanece... usted no puede sentir la fortaleza que triunfa siempre.

LUISA. Por qué?

COND. Porque lleva usted en su alma la levadura del vicio.

LUISA. Es decir, que la sociedad me cierra sus puertas?

COND. Las hermanas de la caridad le abren á usted sus

brazos... Despréndase usted de este lujo que representa su historia, y curando á los enfermos, sufriendo el hambre y la sed, purificando el alma á costa del cuerpo, encontrará usted la rehabilitacion que desea.

LUISA. Basta ya: el sufrimiento tiene sus límites... Ha llegado usted demasiado tarde... su hijo de usted me ama y será mi marido.

COND. Imposible! Yo le estrecharé en mis brazos y le diré: «Hijo mio, tu madre que te ama sobre todas las cosas, que te ha criado, que te ha dormido sobre sus rodillas, que te ha enseñado á rezar, tu madre que daria mil veces la vida por salvar la tuya, que escucha tus pasos y se mira en tus ojos, que vive porque tú vives, te responde de que esa mujer es indigna de llevar tu nombre.»

LUISA. (*Con desden.*) Bien: dentro de un instante va á venir... aquí puede usted esperarle y decirle cuanto quiera. (*Sale.*)

ESCENA VIII.

LA CONDESA, LUEGO RICARDO.

COND. Qué arrogancia! Me inspira miedo... Dios mio! qué haré? esperaré á mi hijo en esta casa... ó saldré á buscarle? y si entre tanto vuelve á ver á esta mujer?... Ah! en cuanto yo le hable... (*Escuchando.*) Qué oigo? sus pasos. Sí; (*Corriendo á la puerta.*) Hijo mio! (*Le tiende los brazos.*)

RICARD. (*Entrando precipitadamente y abrazándola.*) Madre mia!

COND. (Oh! que vengan ahora á arrancármele.) (*Pausa breve.*)

RICARD. Cuánto me alegro de encontrarla á usted aquí. La ha visto usted ya? Qué buena es!

COND. Quién? (*Procurando dominar su sorpresa.*)

RICARD. Luisa! La amo con toda mi alma.

COND. (*Esforzándose.*) Sí; la he visto... Acaba de salir á un asunto muy urgente. (*Sin soltar su mano.*) Ven, en casa hablaremos.

RICARD. Que acaba de salir?... Si no me ha dicho nada Petra... Algo ha pasado entre ustedes que trata de ocultarme... Madre mia, tambien usted está prevenida contra la mejor de las mujeres?

COND. Si cuando te digo... que ha salido...

RICARD. No; está en su tocador; voy á llamarla... Es preciso que usted la abrace, que la mire desde hoy como su hija!

COND. (*Con horror.*) Cómo mi hija! Desgraciado! La pasion te ciega... tú no sabes quién es esa mujer. Ven conmigo y te lo dirán las gentes que la conocen...

RICARD. Los miserables que la calumnian. Madre mia, es posible que usted haya dado oidos?... Mi corazon no me puede engañar.

COND. Tu corazon de niño. Mírame cara á cara. Tú crees á tu madre capaz de mentir?

RICARD. (*Turbado.*) No...

COND. Pues bien: yo te juro por la memoria de tu padre, que esa mujer es indigna de tí...

RICARD. Ella! Luisa!... imposible! Qué pruebas...

COND. (*Arrastrándole á la puerta.*) Ven, hijo mio, te las mostraré.

RICARD. (*Resistiendo débilmente.*) Déjeme usted verla una última vez... despedirme de ella... si no quiero creer...

COND. Tu madre no puede engañarte... un momento de resolucion... hijo mio.

RICARD. (*Avanzando.*) Vamos...

ESCENA IX.

DICHOS.—LUISA.

LUISA. (*Saliendo de su gabinete y con voz muy conmovida.*) Ricardo!

RICARD. (*Deteniéndose.*) Señora... mi madre...

LUISA. No quiero detener á usted... la calumnia ha completado su triunfo... un corazon, uno solo, noble y generoso me quedaba en el mundo... (*Rompiendo á llorar y entre sollozos.*) Ah! por qué me le arrebatan, Dios mio!

COND. (*Interponiéndose.*) No la escuches...

RICARD. (*Desasiéndose.*) Madre mia! no puedo mas... la amo con toda mi alma. (*Corriendo á sostener á Luisa que finge caerse.*) Luisa mia, yo te defenderé contra todos tus enemigos.

COND. (*Con energía.*) Quieres matar á tu madre? Infeliz, tú sufrirás el castigo.

RICARD. (*Queriendo detenerla.*) Madre!...

COND. (*Huyendo.*) Nunca!... Pronto sabrás quién es tu esposa.

ESCENA X.

DICHOS.—ADOLFO.

ADOLFO. (*Que entra precipitadamente tarareando una cancion y con varias tarjetas en la mano.*) Luisa! Luisa! Qué fotografías! Qué suavidad! Qué tintas! Cómo progresan... (*Reparando en Ricardo y Luisa que miran con sobresalto á la puerta del fondo por donde ha salido la Condesa.*) Las artes, las bellas artes.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete suntuosamente amueblado.—Lujosas colgaduras, paredes forradas de seda, muebles dorados.—Dos puertas laterales y una en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

PETRA.

PETRA. (*Con varias cajas de blondas y flores.*) Uf! estoy mareada. La señorita no va á concluir hoy de vestirse. Cinco trages llevamos ya probados, los cinco que ha traido la modista. Todos le parecen demasiado sencillos. Qué tarea! Mucho tiempo llevo á su lado; pero si continúan estos bailes y estas fiestas... el diablo que la aguante. La de esta noche va á ser de rumbo... Cuidado con los preparativos! Ya se ve, hoy hace dos años que se casó la señorita... Qué fortuna de mujer!... En fin, más vale callar... y que ruede la bola lo que quiera mientras no nos coja debajo. (*Mirando al fondo y reparando en Tomás que entra distraido y preocupado.*) Ya está aquí este viejo estafermo. No sé cómo el señorito le sufre. Mayordomo más gruñon! Siempre hablando de lo que se gasta.

ESCENA II.

PETRA.—TOMAS.

TOMAS. (*Como hablando consigo mismo y mirando unos papeles que trae en la mano.*) Esto no puede seguir!... No hay dinero que baste...

PETRA. (*Como contestando.*) Siempre lo mismo. Pero es usted quien lo ha de pagar?

TOMAS. Ah! que está usted aquí!... Yo no lo he de pagar, pero soy un hombre de bien, tengo conciencia, he comido muchos años el pan de la casa, y no puedo ver con calma esta ruina... Cada dia se malvende una finca para pagar estas cuentas escandalosas...

PETRA. Cualquiera diria que es usted el amo segun habla... Qué modo de murmurar!

TOMAS. No murmuro, me quejo... He tenido al señorito en mis brazos y le quiero... como á un hijo...

PETRA. Pues mientras el señorito esté contento, á usted no le toca mas que callar y obedecer.

TOMAS. Callar! El desórden engorda á los malos criados.

PETRA. Lo dice usted por mí?

TOMAS. Yo no aludo á nadie; pero no es á usted á quien peor la va con este lujo de lazos y vestidos... Cuántos, sin estrenar apenas, pasan del tocador de la señora á los baules de la doncella...

PETRA. Quedo enterada. La señorita me está esperando, qué quiere usted?

TOMAS. Presentarla estas cuentas para que me indique qué rebaja se hace en ellas

PETRA. Buen dia ha elegido usted para hablarla de eso. Si quiere usted verla furiosa...

TOMAS. Esto es un saqueo. Cincuenta mil reales en cuentas

de modistas y comerciantes, cuando hace pocos dias que se pagaron treinta mil con mucho trabajo.

PETRA. De poco se asusta usted. Aún faltan las gordas.

TOMAS. Todavía hay otras?

PETRA. La del aderezo que va á estrenar esta noche la señorita. Dicen que es una cosa digna de una reina.

TOMAS. Jesús! (*Ricardo aparece en el dintel de la puerta.*) Esto es caminar de locura en locura. Ya se han acabado todos los recursos, ya no queda un terron por vender .. Y el señorito cada vez mas...

RICARD. (*Avanzando.*) Silencio!

ESCENA III.

DICHOS.—RICARDO.

RICARD. (*A Petra.*) Qué hace usted aquí? Perder el tiempo charlando mientras la señorita espera.

PETRA. (*Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.*) (Cuanto me alegro que le haya cogido con las tijeras en la mano.)

RICARD. (*Dejando el sombrero sobre el velador.—Con seriedad.*) Con que yo estoy cada vez mas...

TOMAS. Si señor, lo diré. Treinta años que he servido al difunto señor mi amo, me dan derecho para decir la verdad. Cada vez está usted más tolerante con los gastos de la señorita.

RICARD. Y tú cada dia más insolente. Es decir, que eres aquí el amo que reprende y juzga á los demás?

TOMAS. Yo no soy más que un criado que no puede consentir que sus amos se arruinen.

RICARD. Cuántas veces te he decir que no te permito ni una sola palabra en todo lo que se refiere á la señorita? Atreverse á criticar... Ni puedo, ni debo aguantarte más : hoy mismo sales de casa.

TOMAS. Es inútil que usted me despida porque no me voy.

RICARD. Cómo! Qué significa esto?

TOMAS. Que yo no abandono al hijo de mi señor en estos momentos en que todo el mundo pide lo que ya no hay. Usted no puede dar la cara á esas gentes tan insultantes cuando no se les paga... Aquí estoy yo para responder.

RICARD. No busques escusas: prefiero las insolencias de los que no me conocen á las tuyas. Basta ya de contemplaciones. Hoy mismo...

TOMAS. Bien, señor: me iré si usted se empeña; pero me quedaré en el portal viendo cómo se llevan los restos de una hacienda que se ha formado á mi vista. Cuando ya no quede nada, subiré á ofrecer á usted mis ahorros para que disponga de ellos. (*Llorando.*) Adios, señor, perdone usted si le he ofendido... No lo puedo remediar... el interés me ciega... le he visto á usted nacer... le he llevado en mis brazos... (*No pudiendo contenerse.*) Adios, señor!

RICARD. Ven acá: qué papeles son esos?

TOMAS. Nuevas cuentas de modistas y comerciantes...

RICARD. Trae: hoy mismo se pagarán...

TOMAS. Ya sabe el señor que en la caja no hay un real.

RICARD. Yo reuniré fondos. Voy á ver ahora á varios amigos que me deben favores, y estoy seguro que me adelantarán los cuatro ó cinco mil duros que necesito.

TOMAS. Esos amigos son los mismos que le vendieron á usted las acciones?

RICARD. Por qué lo preguntas? Siempre desconfiando! Entretanto que yo vuelvo, sigue cuidando de la casa... Mañana podrás irte... Mira que no te se escape una sola palabra que haga sospechar á la señora la situacion en que nos encontramos. Que sea ella la última que la sepa.

TOMAS. (Qué ceguedad!) Bien, señor, ojalá que esos amigos lo sean de veras.

RICARD. Procura que no falte nada esta noche.

TOMAS. Todo está ya preparado. Qué dineral importan las luces...

RICARD. Bien, calla. Si la señora pregunta por mí, díla que en seguida vuelvo. Tomás, ni una palabra. Confío en tu prudencia. (*Mirando á la izquierda.*) (Pobre Luisa!)

TOMAS. Vaya usted con la Vírgen. (*Al verle salir.*) El corazon de su padre; violento, arrebatado, pero bueno y generoso. Vamos, yo no soy para ver estas cosas. Qué dos años de gasto y despilfarro! Carretela, coche, lacayos, bailes, viajes, comilonas... Y todo, para qué? Para que cuatro nécios que no se cansan de pedir cigarros y helados y vinos, digan que la señora es tan hermosa y tan fina, y que con este trage parece qué se yo qué, y con el otro qué se yo cuándo... Aduladores comprados á peso de oro, que el dia en que no se les dé de comer, saldrán hablando mil pestes del amo y de la señorita. Y el más fastidioso de todos es ese don Adolfito. Vaya un hombre con poca aprension! Ese no necesita que le conviden. Pero don Ricardo cada vez más enamorado de esa... buena señora. Qué casamiento! Si mi amo levantara la cabeza!... Y la señora condesa erre que erre que he de seguir aquí observando la conducta de doña Luisa. Qué se propone mi ama? Si el señorito supiera que yo la cuento todo lo que pasa. (*Mirando á la izquierda.*) Ya sale... Vamos antes que me vea.

ESCENA IV.

LUISA.—PETRA.

LUISA. (*Vestida para baile con un rico trage de encages.—Con inquietud á Petra que le compone los pliegues*

de la falda.) Pero es posible que no haya venido esa mujer?

PETRA. No señora...

LUISA. No me lo digas. Tú no sabes el empeño que tengo en sacar esta noche ese aderezo. Ah! si me faltara, sería la mayor de las desgracias que pudiera acontecerme. Jesús! la idea sola...

PETRA. Todavía no es tarde...

LUISA. Sí; pero ella ofreció venir á las diez, y son las diez y cinco minutos... No me arregles más... mientras no venga esa mujer, no estoy tranquila ni tengo gusto para nada.

PETRA. No tenga usted cuidado... Por qué ha de faltar?

LUISA. La marquesa ha dicho á sus amigos que yo no estrenaria el aderezo... Quién sabe si esa mujer que me ha declarado una guerra á muerte... En fin, no quiero pensar... Toca esa campanilla... Que venga Tomás en seguida...

PETRA. (*Toca la campanilla.*) Ya le he contado á usted lo que ha estado hablando...

LUISA. Es un viejo insolente... No sé cómo le consiento en casa... No hagas caso... Si no hay dinero, su obligacion es buscarlo. Deja que vuelva Ricardo... yo le diré...

TOMAS. (*Que entra.*) Me llama la señora?

LUISA. Sí. Han encendido ya las arañas?

TOMAS. Si señora.

LUISA. Y los helados?

TOMAS. Los traerán á la hora indicada.

LUISA. Y el *buffet*?

TOMAS. Ya está preparado.

LUISA. Han acabado de alfombrar la escalera?

TOMAS. Ya está corriente.

LUISA. En cuanto venga la señora Catalina, esa mujer á quien usted conoce, que pase en seguida.

TOMAS. Hace rato que está ahí fuera.

LUISA. (*Con cólera.*) Cómo! Y no me ha dicho usted nada? Que entre en seguida. Corra usted.

TOMAS. (Vamos, esta será la del aderezo. Mientras el señorito busca... ella... Qué mujer!)

LUISA. De prisa... (*Con alegría.*) Ah! ya respiro! Qué peso se me ha quitado de encima! Déjame sola.

ESCENA V.

LUISA.—LA SEÑORA CATALINA.

Esta última sale con manto y vestido corto. Trae en la mano un estuche de tafilete y un abanico grande.

LUISA. Gracias á Dios! Me ha hecho usted pasar un rato...

CATALIN. La culpa no ha sido mia... un cuarto de hora hace que llegué con un palmo de lengua fuera... porque á cumplir nadie me gana.

LUISA. Ya lo sé. Vamos, abra usted esa caja.

CATALIN. (*Abanicándose con un abanico grande.*) Espere usted señora que tome alientos... Estas señoras no se hacen el cargo de lo que una corre por esas calles... Y yo no estoy ya para estos trotes, que he cumplido cincuenta y cuatro, y llevo tres maridos, y he criado nueve chiquillos, y los empedrados están cada vez peores.

LUISA. Ya ha tenido usted tiempo de descansar... Vamos, que tengo mucha prisa...

CATALIN. Jesús qué impaciencia! Un triunfo más grande que el del Siete de Julio, en que perdí yo á mi primero, urbano de la cuarta, es el que usted ha conseguido con llevarse el aderezo.

LUISA. Bien, señora Catalina, luego me contará usted...

CATALIN. (*Abriendo el estuche.*) No quiero que pene usted más... Qué le parece á usted?

LUISA. (*Con júbilo.*) Oh! qué cosa tan linda!

CATALIN. Y tan *manífica, tan manífica...*

LUISA. Qué buen gusto tenía la condesa!

CATALIN. Dígamelo usted á mí... Pobre señora! Si úna pudiera enternecerse en este oficio, hubiera yo llorado por ella más agua que la que dicen que va á llevar el Lozoya... Qué parroquiana! Jamás reparaba en las cuentas, ni regateaba un real...

LUISA. Los colgantes son preciosos... Y las estrellas... Ah! qué brazaletes... Es un aderezo completo.

CATALIN. Más completo que yo... que estoy ya destornillada. Cuántos recados dirá usted que me ha mandado la marquesa?

LUISA. De veras? Qué mujer!

CATALIN. Siete. Dale que dale que la habia de llevar el aderezo... Pero lo que es el ser úna mujer de palabra!... Qué sé yo lo que me hubiera podido ganar si la hubiese dejado á usted colgada!... No la debe querer á usted bien... la buena señora...

LUISA. Me ódia... Oh! cómo va á rabiar cuando vea...

CATALIN. Basta de mirar; póngasele usted á ver cómo la sienta... Yo la serviré á usted de doncella...

LUISA. Primero la diadema... Cuidado no me descomponga usted el pelo...

CATALIN. Sabe usted quién ha estado tambien á verme?... Pero qué empeño de señor en que le habia de vender el aderezo!...

LUISA. Quién?

CATALIN. Yo no sé si usted le habra oido nombrar... Un señor marqués...

LUISA. (*Con curiosidad.*) Marqués!

CATALIN. Un señor muy poderoso... el marqués del... ya caigo, del Tomillar.

LUISA. (Siempre ese hombre interponiéndose en mi camino!)

CATALIN. Le conoce usted?

LUISA. Sí... de vista...

CATALIN. (Ya me lo figuraba yo.) Qué pregunton es el buen caballero... Parece un catecismo. Y qué hombre más recompuesto.

LUISA. Ya estoy... voy á darme un vistazo. (*Se dirige á un espejo de cuerpo entero.*)

CATALIN. Ahora sí... Antes parecia usted un cielo; pero ahora parece usted un cielo con estrellas.

LUISA. Cómo brillan los diamantes!... Me parece ahora mejor que cuando le ví la primera vez. Oh! me está muy bien!

CATALIN. Ahora me toca á mí... Ya sabe usted el precio...

LUISA. (*Que continúa mirándose con fruicion.*) Sí; pero siempre lo darán en ménos.

CATALIN. Qué han de dar, señora, si en seis mil duros es de balde. Lo menos costó ocho mil allá en Paris de Francia.

LUISA. De modo que es lo último?

CATALIN. Eso me han dicho los herederos, que son unos señores muy cabales.

LUISA. Pues bien: ponga usted la cuenta...

CATALIN. (*Sacando un papel.*) La traigo aquí...

LUISA. Mañana se la presenta usted al mayordomo...

CATALIN. Qué me dice usted, señorita! Si yo creia que tenía ya el dinero contado... Jesús qué compromiso!...

LUISA. No puede usted esperar hasta mañana?

CATALIN. Si se tratara de mí, con el alma y la vida... La serviria á usted como otras veces... Pero lo primero que me han dicho los señores, es que no deje el aderezo sin que me entreguen el dinero... No ve usted que ellos se han enterado de que hay otras personas que le quieren para esta noche?

LUISA. Qué desconfianza!

CATALIN. Hoy en dia todos los que venden son así... Mejor pelo tendria yo á no haber sido siempre tan blanda de corazon!...

LUISA. Pero esta misma noche?... Vuelva usted luego, más tarde...

CATALIN. Imposible. Lo necesito ahora mismo... antes de que empiece el baile. No ve usted que si usted le luce, y despues, lo que pudiera suceder, no le conviene, ¿dónde encuentro yo otra ocasion para venderle?

LUISA. Pero eso es apurar de un modo...

CATALIN. El comercio vive de las ocasiones. En estos momentos hay dos ó tres personas que le quieren; mañana sabe Dios... Ese señor marqués daria el doble de su valor... Y mal coche con dos caballos que traia... Cuando él ha subido hasta mi casa...

LUISA. Bien: espere usted ahí fuera... Mi esposo va á venir de un momento á otro y la pagará á usted...

CATALIN. Señora, yo soy muy franca... Advierto á usted que no puedo esperar mas que diez minutos...

LUISA. Bueno; salga usted y vuelva...

CATALIN. En cuanto pasen... El comercio vive de la puntualidad...

LUISA. (Y usted de sus víctimas. Qué mujer!)

CATALIN. (Pues ella no entra en el baile sin pagarme.) (*Váse por el fondo abanicándose.*)

ESCENA VI.

DICHOS.—PETRA, LUEGO ADOLFO.

PETRA. Don Adolfo pide permiso para entrar...

LUISA. Que pase...

PETRA. Oh! qué precioso aderezo!

LUISA. Qué te parece?

PETRA. Que está usted deslumbradora. Qué pulseras...

LUISA. No hagas esperar...

PETRA. Jamás la he visto á usted tan hermosa.

LUISA. Corre... vamos. (*Petra sale.*) Qué querrá este murmurador? De seguro viene á ver si tengo el aderezo.

ADOLFO. (*Vestido de etiqueta.*) Luisa... (*Reparando en ella.*) Bravo! ya sabia yo que iba usted á ser la reina de la fiesta; pero no que luciria en esta noche la corona que ha ganado tantas veces.

LUISA. Siempre pródigo de lisonjas.

ADOLFO. De lisonjas únicamente. Con que al fin la marquesa se quedó sin el aderezo? Oh! debe de estar desesperada...

LUISA. Tanto empeño tenia?...

ADOLFO. Muy grande...

LUISA. No comprendo la guerra que esa mujer...

ADOLFO. Yo sí... Es una cuestion dinástica...

LUISA. Já! já! dinástica...

ADOLFO. Ella representa á la aristocracia de la nobleza y usted á la del lujo... ella es la reina hereditaria y usted la electiva...

LUISA. Y usted es partidario de la monarquía electiva?

ADOLFO. Si señora, por la facilidad con que se renueva...

LUISA. Y cómo se ha anticipado usted tanto...

ADOLFO. Cumpliendo mi palabra, vengo á decir á usted los trages de sus enemigas.

LUISA. Tengo muchas?

ADOLFO. Más de las que usted se figura...

LUISA. Y qué las he hecho?

ADOLFO. Es usted demasiado bella... He pasado la mañana de tocador en tocador...

LUISA. Cómo pierde usted el tiempo...

ADOLFO. Es lo único que me queda que perder...

LUISA. Qué franqueza!

ADOLFO. Carolina, traerá un trage rosa...

LUISA. Por llevar en la ropa el color que le falta en la cara...

ADOLFO. Eugenia, blanco...

LUISA. Un cuervo con alas de paloma...

ADOLFO. La baronesa vendrá cubierta de diamantes...

LUISA. Como el escaparate de una platería.

ADOLFO. Adela...

LUISA. La marquesa es quien me importa... Sabe usted qué trage?...

ADOLFO. De indisposicion repentina... No asistirá probablemente.

LUISA. Mejor; su ausencia es la confesion de su derrota.

ADOLFO. Yo respondo de que el triunfo de usted va á ser completo. Tengo motivos para creerlo asi...

LUISA. De veras? Cuáles?...

ADOLFO. Las voces que para amargar ese triunfo han empezado á correr ciertas gentes.

LUISA. Qué voces?

ADOLFO. Desea usted saberlas?

LUISA. Sí; suplico á usted...

ADOLFO. Pues bien; dicen que Ricardo está completamente arruinado y que en este último baile hace á su fortuna los funerales.

LUISA. Infamia como ella!

ADOLFO. Y como en estas luchas de murmuracion, lo principal es encontrar un chiste, la marquesa se ha tomado ese trabajo.

LUISA. Y le ha hallado ya?

ADOLFO. Sí; pero no creo conveniente...

LUISA. Dígamelo usted... Prefiero saberlo por boca de un amigo.

ADOLFO. Cuando la hablaron del aderezo, dijo: «Vamos, se ha amortajado con lo mejor para su entierro.»

LUISA. (*Con cólera.*) Oh! yo les demostraré que estoy viva.

ADOLFO. Yo he tomado la defensa de Ricardo. Y quién dirá usted que me ha apoyado?

LUISA. Quién?

ADOLFO. El marqués.

LUISA. Cosa más extraña! Un hombre que ha hablado tan mal...

ADOLFO. Y que tanto ódia á Ricardo desde el famoso duelo...

LUISA. (Me inspira miedo ese hombre.)

ADOLFO. Yo con mi sistema de siempre, he sostenido que si Ricardo está arruinado, aún le queda el vasto campo de las deudas. Ese campo donde todos cabemos.

LUISA. Buena defensa!

ADOLFO. La única. Quién no tiene hoy acreedores? Madrid vive empeñado en un treinta por ciento.

LUISA. Pero eso es apelar al ridículo.

ADOLFO. Entonces todo el mundo está en berlina. Señora, llaman á este siglo el siglo del derecho; pero yo digo que es el siglo del deber.

LUISA. Oh! pero hasta acostumbrarse á esa vida...

ADOLFO. Nada más fácil: con las deudas sucede lo que con los dientes: duelen cuando nacen y luego se come con ellos.

LUISA. Pues yo si alguna vez tuviera deudas, exclamaria á cada momento: Quién pudiera pagar!

ADOLFO. Vea usted, y yo me veo ya reducido á decir: Quién pudiera deber!

LUISA. Me asusta esa serenidad...

ADOLFO. Es la del que no tiene nada...

LUISA. Pero cuando usted ve á sus acreedores...

ADOLFO. No señora, ellos son los que me ven á mí antes de que aparezca.

LUISA. Y qué hacen?

ADOLFO. Qué han de hacer? Interesarse por mi suerte; desear que mejore de fortuna. El dia que caigo enfermo se me llena la casa de gente. Todos preguntando cómo sigo. Si alguna vez me ataca una enfermedad aguda, no habrá nadie asistido con más cariño ni llorado con más sentimiento.

LUISA. Jesús! Es usted un hombre extraordinario.

ADOLFO. No señora, soy uno de tantos. Luisa, si la situacion de Ricardo es cierta, no hay que alarmarse. La

deuda flotante está de moda. El déficit es una epidemia nacional.

LUISA. Adolfo, quién tuviera ese humor!

ADOLFO. Señora, quién tuviera estos muebles y esos brillantes. Adios, antes de comenzar la fiesta voy á hacer rabiar á algunas amigas hablándoles de su trage y de su belleza. Luisa, serenidad y orgullo.

LUISA. Si acaso oye usted... (*Al ver aparecer á Ricardo.*) Ah! Ricardo.

ESCENA VII.

DICHOS.—RICARDO.

Ricardo aparece sombrío y preocupado.

LUISA. (Qué sombrío!...)

ADOLFO. Adios, Ricardo, en este momento me despedia de Luisa y la felicitaba por su lujo y hermosura. Hasta luego. (La ruina debe ser cierta. Trae cara de crísis.) (*Váse por el fondo.*)

LUISA. (*Con fingido sobresalto.*) Ricardo mio, qué tienes? Estás triste?...

RICARD. No... venia preocupado con cierto negocio... pero al verte... todos mis negros pensamientos se han disipado... Qué hermosa estás!

LUISA. De veras? Me has reparado bien? No observas nada en mi prendido?...

RICARD. No... yo no reparo nunca en tus adornos, porque no los necesitas para mí.

LUISA. No te ha chocado mi aderezo?

RICARD. (*Con frialdad.*) Sí.. ahora veo... Me gusta más tu cabeza cuando la adorna una flor...

LUISA. Si tú me la hubieras traido... Ricardo, bien sabes que este lujo me pesa, me hace daño... Si yo me

visto así, es por esas gentes que solo conceden su respeto á la ostentacion y á la riqueza. Ah! si tú supieras lo que estos diamantes significan?

RICARD. Qué, Luisa mia?

LUISA. Mi venganza! La marquesa está desesperada. Adolfo acaba de decírmelo. Habia prometido á todos sus amigos que yo no estrenaria el aderezo, y esta noche tendrá que ponerse enferma ó presenciar mi triunfo.

RICARD. Siempre la lucha... con esas mujeres, envidiosas de la admiracion que inspiras.

LUISA. Pues bien: tú que sabes lo que me han hecho sufrir con su orgullo, con sus intrigas para impedirme que obtenga cargos en las sociedades piadosas, con su murmuracion, comprenderás el placer con que yo las veré esta noche aceptar mis obsequios, pisar mis alfombras y contemplar mi lujo con la risa en los lábios y el ódio en el corazon.

RICARD. Pero tú estás segura de que asistirán?

LUISA. No faltará ninguna de ellas. Si la marquesa se atreve á ponerse indispuesta, se cubrirá de ridículo. Ah! Ricardo, yo deseo tambien como tú dejar esta vida de lucha .. en que nos vemos envueltos contra mi voluntad... yo que amo la soledad y la sencillez y para quien la felicidad consistiria en vivir ignorada y sola con mi Ricardo en cualquier rincon del mundo.

RICARD. Qué buena eres! Si las gentes que te hacen la guerra pudieran leer en tu corazon de ángel...

LUISA. (*Mirando á un reloj.*) (Las diez y media! Y esa mujer...) Ricardo, sabes que es preciso pagar esta noche el aderezo?

RICARD. (*Estremeciéndose.*) Esta noche?... Me parece tan extraño... Mañana pueden volver...

LUISA. (Oh! será verdad?...) Es una condicion de la venta... Dios mio! no sabes lo que siento este compromiso...

Y luego una cosa que á tí no te gusta... Ahí fuera está la mujer que le ha traido...

RICARD. Importa mucho?

LUISA. Yo no te lo quisiera decir... Si hubiese sabido...

RICARD. Cuánto?

LUISA. Seis mil duros.

RICARD. (*Con agitacion.*) Y es preciso entregarlos?

LUISA. Ahora mismo.

RICARD. (*Levantándose.*) Qué dices? Imposible!

LUISA. Cómo! No tenemos esa cantidad disponible?

RICARD. Ah! Luisa... por qué me obligas á revelarte lo que yo deseaba que nunca supieras?

LUISA. Qué! Habla...

RICARD. No tengo valor... para decirte...

LUISA. Todo lo comprendo. Estamos arruinados. Y yo que no sospechaba...

RICARD. Ah! perdona; mi deseo de no disgustarte...

LUISA. No nos queda ninguna finca?

RICARD. Ninguna. Todo se ha vendido.

LUISA. Pero cómo no me has advertido antes? Jesús! Qué situacion! Y qué hacemos? Acude á tus amigos. A toda costa es preciso reunir esa cantidad...

RICARD. Vengo de ver á varios de ellos, y como sospechaban ya el estado de mis negocios, unos se me han negado y otros me han dicho que no pueden adelantarme nada. Miserables!

LUISA. Qué horror! El mundo está sembrado de corazones corrompidos.

RICARD. Luisa, por Dios tranquilízate... Aun nos queda un recurso.

LUISA. Cuál?

RICARD. Que devuelvas el aderezo... Todavía no le has estrenado...

LUISA. Qué dices?... Todo antes que eso. Seria el colmo del ridículo... Tu comprendes la burla... la algazara... Oh! la idea sola... me espanta.

RICARD. Tienes razon... Pero qué medio?

LUISA. Es para volverse loca... Qué dinero hay?

RICARD. Una cantidad insignificante... diez mil reales... Si la tomáran á cuenta.

LUISA. No es eso lo que voy á decirte...

RICARD. Qué es, pues?...

LUISA. Mira; tú tienes todavía cierto crédito... buscar ahora dinero sobre él es absurdo... Cualquier préstamo tarda... Pero hay un medio... desesperado...

RICARD. Dile pronto.

LUISA. Corre, y vende nuestra bajilla... mis joyas, las tuyas... todo.

RICARD. Tus joyas que representan mi amor... recuerdos de dias de ventura... Nunca.

LUISA. No vaciles...

PETRA. (*Entrando.*) Señorita...

LUISA. Qué hay?...

PETRA. Un coche acaba de parar á la puerta.

LUISA. Oh! los convidados empiezan á venir!... (*Empujando á Ricardo.*) Corre... Ricardo mio... corre...

RICARD. (*Tomándole una mano.*) Luisa mia, yo tengo la culpa de todo...

LUISA. (*Empujándole.*) Ea, adios... (*A Petra*). Es verdad lo que dices?

PETRA. Como estaba el señorito... Es que la señora Catalina se empeña en entrar...

LUISA. Dios mio! Qué mujer!...

CATALIN. (*Entrando.*) Como soy de confianza, no necesito que me anuncien... Vamos, ya han pasado los quince...

ESCENA VIII.

LUISA.—CATALINA.—PETRA.

LUISA. Su reloj de usted adelanta...

CATALIN. Mi reloj! Yo no tengo más que el de la Puerta del Sol... En el que hay en el recibimiento es donde he tenido la vista clavada desde que salí de aquí...

LUISA. Jesús! pues es preciso que espere usted un poco...

CATALIN. Esperar! Ni un minuto. El baile va á empezar, y yo estoy perdiendo un tiempo precioso...

LUISA. Mi esposo va á volver...

CATALIN. Con las manos vacías... Señora, demasiado he hecho por usted... Quién sabe lo que á mí pueden costarme estos quince minutos... Vamos, quítese usted el aderezo, porque yo me le llevo ahora mismo...

LUISA. Qué vergüenza!.. Un trato hecho...

CATALIN. Que no se cumple por falta de usted...

LUISA. Pero si dentro de unos instantes...

CATALIN. No se canse usted en valde... Aunque la sala se llene de convidados, usted no sale por esa puerta sin entregarme el aderezo...

LUISA. Seria usted capaz de dar un escándalo?..

CATALIN. Sí, señora, para evitar que usted diera otro luciendo una cosa que no le pertenece.

LUISA. Oh! yo me ahogo...

TOMAS. (*Entrando.*) Esta carta acaban de traer con mucha urgencia... En el salon entran en este momento unas señoras.

LUISA. (*Con asombro.*) De veras?

TOMAS. La señora baronesa del Alamo.

LUISA. Oh! la amiga de la marquesa. (*A Catalina.*) Si usted me permite...

CATALIN. (*Interponiéndose.*) No puede ser.

TOMAS. Esperan contestacion. Qué digo?

PETRA. (*Bajo á Luisa.*) Léala usted. Quién sabe...

LUISA. No sé lo que me hago... (*Abriendo la carta.*) Ah! del marqués! (*Leyendo para sí.*) «Amiga mia: dos »años hace que nuestra amistad se halla interrum»pida. Hoy, es dia de gracia, y propongo á usted »nuestra reconciliacion. Si usted la acepta, en nom»bre de nuestra antigua amistad la suplico que »admita el aderezo con que ha de adornarse esta »noche, y cuyo precio acabo de entregar al marido »de Catalina.» (Oh! qué hombre!... Conoce mi situacion y quiere... Qué lazo?...)

CATALIN. Vamos, señora, yo no espero ni un instante mas...

LUISA. (*A Tomás.*) Diga usted que ya contestaré...

TOMAS. (Me lo esperaba... La carta es del marqués. Qué bien he hecho en avisar á la señora.) (*Sale por el fondo.*)

PETRA. (*A Luisa.*) Señorita, que están esperando en el salon...

LUISA. Ya lo sé; déjame... Catalina, en esta carta me dicen que el aderezo está ya pagado.

CATALIN. Cómo! A quién?

LUISA. A su esposo de usted.

CATALIN. Pero mientras yo no sepa si eso es verdad...

LUISA. La persona que me lo escribe no puede mentir...

CATALIN. Déjeme usted ver la carta.

LUISA. Qué necesidad hay?...

CATALIN. No se canse usted... mientras yo no me cerciore...

LUISA. (Otra nueva afrenta!)

PETRA. Señorita, por Dios...

CATALIN. Con la firma me basta...

LUISA. Acabemos: lea usted...

CATALIN. (*Leyendo.*) «El marqués del Tomillar.» Buenas noches, y que usted se divierta. (No dirá el marqués que no le he servido.) (*Sale abanicándose.*)

LUISA. (Ah! Soy una infame!)

PETRA. Qué dirán si usted no sale?..

LUISA. Petra, tú sabes de quién es esta carta?..

PETRA. Me lo he figurado.

LUISA. No habia otro medio... Esa mujer me ahogaba... Mañana se le devuelvo...

PETRA. Pues ya lo creo... Salgamos de esta noche y mañana...

LUISA. (*Mirándose un momento al espejo.*) Voy corriendo... Se me ha descompuesto un rizo... (*Al salir aparece la Condesa. Luisa retrocediendo y dando un grito sordo.*)

ESCENA IX.

LUISA.—LA CONDESA.

COND. (*A la criada.*) Salga usted fuera...

PETRA. (*Confusa y aturdida.*) (Esto solo nos faltaba.)

LUISA. (*Mas serena.*) Señora... usted aquí!... se puede saber?...

COND. A qué vengo, no es verdad? A defender la honra de mi hijo.

LUISA. La honra!

COND. Mientras se ha tratado de su fortuna, del patrimonio de su padre, que usted ha derrochado, no he creido necesario presentarme en esta casa: hoy se trata de su honra, y vengo á pedir á usted cuenta de ella.

LUISA. Qué motivos, qué pruebas tiene usted para hablar asi?

COND. (*Cogiendo la carta del marqués que está sobre el velador.*) Las que encierra esta carta y las que pregonan esos diamantes...

LUISA. Oh! déme usted esa carta... Qué traicion! vivo ro-

deada de espías. (*Con desesperacion.*) Pues bien; su hijo de usted va á llegar de un momento á otro... Rompa usted en pedazos su corazon si se atreve á ello...

COND. (Qué osadía!) Antes de imponer á usted su castigo, quiero saber si es capaz de comprender el arrepentimiento.

LUISA. El arrepentimiento!

COND. Ha comenzado usted á ejecutar una accion infame... pero todavía es tiempo de detenerse...

LUISA (Oh! no se atreve...) Y qué he de hacer?

COND. Devuelva usted ese aderezo al hombre que le ha pagado.

LUISA. (Si yo pudiera engañarla...)

COND. Pronto; qué decide usted?

LUISA. Esa generosidad me confunde.

COND. Si usted se resuelve, yo misma se le llevaré...

LUISA. Qué buena es usted! Ah! yo la juro por lo más sagrado que mañana volverá á poder del marqués.

COND. Mañana! Despues de lucir esta noche su afrenta, quiere usted?... Imposible! ahora... ahora mismo.

LUISA. Ahora! Cuando tantas gentes me esperan en esa sala ocupándose de mi ausencia, he de dar el escándalo de presentarme con la cabeza desnuda?

COND. Qué nombre da usted entonces al de presentarse con ella cubierta?...

LUISA. Oh! por compasion, déjeme usted salir de este compromiso!

COND. Qué mujer! pues no me suplica que la deje deshonrarse!

LUISA. Esta noche sola...

COND. Nunca: esperaré aquí á mi hijo y le diré: «Ya están pagados los adornos de tu mujer; aquí tienes el recibo.»

LUISA. Oh! por Dios... (*Sollozando.*) No lo hará usted... Se lo pido llorando... Crea usted en mis lágrimas,

COND. La primera vez que la veo llorar de veras... es por unos diamantes... No aguarde usted que me ablande... (*Suena la música.*)

LUISA. (*Fuera de sí.*) Ah! no oye usted... El salon se llena de gente...

COND. La música hiere sus oidos, y no oye usted la voz de su conciencia?

LUISA. Yo me muero!... Qué tenacidad!

COND. Qué envilecimiento!

TOMAS. (*Entrando.*) El señorito sube la escalera.

LUISA. (*Azorada.*) Ocúltese usted.

COND. Aquí le espero.

LUISA. (*Muy asustada.*) No puedo más... Ocúltese usted mientras yo me despojo de estas malditas joyas... (*Empieza á quitarse los brazaletes.*)

COND. (*Con alegría.*) Ah! todavía es capaz de arrepentirse. (*Se oculta en el gabinete de la izquierda.*)

PETRA. (*Entrando por la derecha.*) La marquesa acaba de llegar!...

LUISA. La marquesa!... Suceda lo que suceda voy á verla. (*Váse precipitadamente por la derecha poniéndose de nuevo las pulseras.*)

ESCENA X.

TOMAS.—RICARDO, LUEGO ADOLFO.

RICARD. (*Entrando muy agitado.*) Luisa! Luisa! Todo se conjura contra nosotros... (*Despues de mirar en derredor.*) Dónde está?

TOMAS. Acaba de entrar en el salon.

RICARD. Qué sarcasmo! se ve obligada á bailar mientras la casa se desploma sobre nosotros! (*Suena la música hasta el final de la escena.*)

ADOLFO. (*Que sale muy alegre del salon de baile.*) Chico! chico! la polka... Los lanceros... (*Le abraza bailando.*) Ta...ra...ra... en baile... Todo el mundo te echa de menos. Qué noche!

RICARD. (*Con risa sardónica dejándose llevar.*) Já! já! Qué noche tan feliz, tan deliciosa!

ADOLFO. Ta...ra...ra...ra...ra...

ACTO TERCERO.

Sala humildemente amueblada: dos puertas laterales una á la derecha y otra á la izquierda.—En segundo término á la derecha, un balcon.—Sillas de paja y una mesa cubierta con un tapete de percal.

ESCENA PRIMERA.

LUISA.—PETRA.

LUISA. (*Sentada en una silla junto á la mesa, en la que apoya un brazo sobre el cual reclina la cabeza con abatimiento.*) Déjame, Petra... no quiero oir tus reflexiones.

PETRA. Eso es, entréguese usted á esa tristeza que la consume y caiga usted enferma... Es menester que se haga usted el cargo de su situacion, que despues de todo pudiera ser peor.

LUISA. Peor! no te comprendo... Peor que verme entre estas cuatro paredes, teniendo siempre á la vista estos muebles mezquinos. Ah! no aumentes mi desesperacion!

PETRA. Vamos, que peor sería si la señora condesa no se hubiese marchado por temor al escándalo, y en vez de dar la carta al señorito por medio de Tomás, se la hubiese entregado ella misma. Entonces sí que no hubiera usted podido engañar al señorito y hacerle creer que la carta del marqués la arrojó usted

indignada al suelo, de donde la recogió Tomás. La suerte estuvo en que Tomás se quedó aturdido cuando don Ricardo le preguntó que quién le habia entregado la carta, lo cual le dió á usted tiempo para urdir su embuste. Si la señora condesa se hubiese esperado, no estaria usted aquí con su esposo sin haber sufrido más desgracia que la de cambiar de habitacion.

LUISA. Y todo eso que tú crees una fortuna, qué me ha costado? Para desvanecer las sospechas de Ricardo y explicar el encuentro de la carta, qué he tenido que hacer?

PETRA. Algo le habia de costar á usted un paso dado tan en falso.

LUISA. Ah! he tenido que devolver el aderezo, que deshacerme de todas mis joyas, que abandonar mi hermosa casa para venir á esta, y que consentir que Ricardo entregue todos mis muebles, mis tapices, mis colgaduras á los acreedores.

PETRA. Pues figúrese usted si además de todo eso hubiera llegado á sospechar....

LUISA. Calla: dónde hay sacrificio que se iguale al mio? Tú sabes el escándalo que hemos dado? Qué triunfo para mis enemigos! Haber descendido en su presencia desde la cumbre del lujo hasta esta vergonzosa pobreza. Ahora podrá repetir la marquesa que en mi último baile me han hecho los funerales. (*Con cólera.*) Ah! la sangre me arde en las venas cuando pienso... Yo misma me desconozco.

PETRA. Ya no hay mas remedio que olvidar todas esas cosas por ahora y conformarse con esta nueva vida de estrechez... Las cosas hay que tomarlas...

LUISA. Conformarse! Es tarde... Acostumbrada á respirar una atmósfera de lujo y de fausto... Imposible!... esta pobreza me causa horror.

PETRA. Pero mientras usted no pierda el amor de don Ri-

cardo... que cada vez está más ciego... Pena da oirle hablar de los deseos que tiene de trabajar, de rehacer su fortuna, para volverla á ver á usted como antes rica y contenta... Pues dónde hay un corazon más generoso?

LUISA. Sí, yo reconozco sus buenas cualidades... su idolatría por mí; pero no puedo amarle... No sé qué hay en el fondo de mi alma...

PETRA. Pues advierto á usted que Tomás sigue acechándonos...

LUISA. De veras?

PETRA. Todo el dia le tiene usted rondando la calle y hablando con los vecinos.

LUISA. No tengas cuidado; la condesa nunca se atreverá á causar mi ruina por temor de envolver á su hijo en ella.

PETRA. El señorito.

LUISA. Retírate.

ESCENA II.

RICARDO.—LUISA.

RICARD. (*Vestido como para salir.*) Ea, ya me tienes dispuesto: voy lleno de esperanzas... Si me nombran para la plaza como me han ofrecido, vendré corriendo á decírtelo. Pero qué es eso? Qué tienes? Qué significa esa tristeza?

LUISA. Si no estoy triste...

RICARD. No me lo niegues, Luisa...

LUISA. Pues bien: cómo quieres que no lo esté, cuando te veo á punto de empezar á trabajar como un escribiente en un pobre destino.

RICARD. Y qué hemos de hacer?... No tenemos nada, y es preciso vivir con el fruto de mi trabajo.

LUISA. Si no nos hubiéramos apresurado á entregarlo todo...

RICARD. No me hables de eso... Lo primero era pagar nuestras deudas y evitar un concurso de acreedores. Cuantas veces me hallara en la misma situacion, obraria del propio modo. Pero tú que aprobaste mi pensamiento y que tan resuelta te mostraste entonces, por qué desmayas ahora? Qué cambio es este?

LUISA. No es mi situacion, Ricardo, la que me apesadumbra, sino la tuya. No tengo valor para verte trabajar horas y horas...

RICARD. Y eso te aflige? Pues si yo bendigo nuestra desgracia que me ha hecho romper con aquella vida de agitacion y de lucha, para entrar en esta en que podremos vivir el uno para el otro, solos y tranquilos. No te acuerdas cuando me decias que la felicidad consistiria para tí en vivir ignorada con tu Ricardo en cualquier rincon del mundo?

LUISA. Yo te he dicho eso?

RICARD. Sí; tú me lo has dicho, y esa ventura es la que tocamos ya con las manos.

LUISA. Pero tú educado en la opulencia, cómo has de acostumbrarte á estos muebles, á esta estrechez...

RICARD. Una cueva en tu compañía seria para mí el paraiso. Tu presencia baña de luz cuanto me rodea. El mundo empieza y acaba para mí en mi Luisa.

LUISA. De modo que tú no has sentido pena al desprenderte de aquellos espejos donde tantas veces nos hemos contemplado ricos y felices?

RICARD. Ninguna. Cuando yo ví la resignacion, la indiferencia con que tú acogiste mi resolucion de entregarlo todo, dije para mí; qué valen todas esas preciosidades, aunque hayan costado un dineral, al lado de la grandeza de alma de mi Luisa?

LUISA. Todo eso lo dices por consolarme. Es posible que

no conserves un recuerdo de nuestra pasada grandeza?

RICARD. Sí, le conservo; doloroso y terrible. El recuerdo de lo que sufrí en aquellos instantes supremos en que al entregarme Tomás la carta del marqués, cruzó por mi corazon la sospecha de que tú habias aceptado aquellos diamantes manchados con la infamia: cuando te acercaste y me dijiste que habias recibido una carta del marqués que habias arrojado al suelo, y que el aderezo te lo habian dejado hasta la mañana siguiente, la alegría estuvo á punto de hacerme perder el sentido. Haber yo dudado de tí, Luisa mia! Oh! de qué hilo tan delgado pende nuestra dicha! Si tú no me hubieras explicado pronto lo que yo miraba ya como el mayor de los crímenes... La sangre se agolpó á mi cabeza... las manos se me crisparon...

LUISA. (*Con miedo.*) Oh! De modo que si yo no me acerco á tí y Tomás no se asusta y se queda confuso... al verte... y añade alguna nueva calumnia...

RICARD. Sí, Luisa... ahora que ha pasado, te lo confieso para que me sirva de castigo... En el primer momento estuve para ahogarte entre mis brazos y pisotear tu cadáver delante de todo el mundo...

LUISA. (*Asustada.*) Jesús! no me lo digas...

RICARD. Luisa, cuando se ama como te amo, una falta, una traicion, convierte en un lago de sangre un mundo de amor.

LUISA. (Qué ferocidad! me inspira miedo...)

RICARD. (*Tomándola una mano.*) Luisa mia! Si tú pudieras faltarme, creeria que el universo se habia desplomado en pedazos sobre mi corazon. Tú eres mi fé... mi religion... mi existencia...

LUISA. Oh! calla... calla...

RICARD. Sí; no hablemos de eso... Adios Luisa... Pronto estaré de vuelta y podremos contar con un sueldo

que nos bastará para cubrir nuestras modestas necesidades... El trabajo nos llenará de alegría y aumentará nuestra dicha... Yo estudiaré en las horas que me deje libres mi ocupacion y llegaré á ser algo... Qué nos importa lo que hemos perdido, si conservamos la honra y nuestro amor? Adios!...

LUISA. Tardarás en volver?

RICARD. Una hora. (*Desde la puerta.*) (No se vuelve á mirarme.) Luisa!

LUISA. (*Saludándole.*) Adios!

ESCENA III.

LUISA SOLA, LUEGO PETRA.

LUISA. Ah! qué hombre tan ciego... tan frenético... Si yo pudiera amarle... Imposible. Me he casado sin quererle, sin ver en él mas que un instrumento de mi ambicion y es preciso que sufra las consecuencias. Me siento débil para soportar la miseria...

PETRA. (*Entrando.*) Señorita sabe usted quien está ahí fuera? empeñado en verla.

LUISA. Quién?

PETRA. Don Adolfo.

LUISA. Pero cómo ha indagado...

PETRA. No sé... Qué le digo?

LUISA. Qué le has de decir?... Yo siento que me vea... pero basta el interés que se ha tomado...

PETRA. El podrá contar á usted...

LUISA. Si; que entre. (*Petra sale corriendo.*) Mi vida pasada me viene á buscar á este retiro. Cuánto le agradezco esta visita.

ESCENA IV.

ADOLFO.—LUISA.

ADOLFO. (*Con sentimiento afectado.*) Luisa!...

LUISA. Adolfo, cómo me encuentra usted...

ADOLFO. No me diga usted nada... Yo vengo á ver á la amiga digna siempre de mi cariño lo mismo en la fortuna que en la desgracia.

LUISA. Gracias... Nunca sabré como pagar á usted esta muestra de consecuencia...

ADOLFO. Señora, no hable usted de pagar... la palabra sola me pone malo.

LUISA. Pero cómo ha descubierto usted nuestro asilo?

ADOLFO. Por uno de los criados he logrado saber la calle; buscando luego la casa me he encontrado á Tomás que me ha acompañado hasta la puerta.

LUISA. A Tomás?

ADOLFO. Al mayordomo...

LUISA. Sí, ya sé quien es. Pero vamos cuénteme usted porque estoy deseosa de saber algo... Qué se dice en el mundo de nuestra desaparicion?

ADOLFO. Unos han calificado la conducta de Ricardo de locura, otros la consideran muy digna, yo la he llamado increible, heróica. Un hombre que paga...

LUISA. Si hubiera seguido los consejos de usted...

ADOLFO. No se hubiera movido de su casa... Cuando empezaban ustedes á tener algunas deudas... Cuando prometian tanto...

LUISA. Pero si no hacian mas que importunarnos...

ADOLFO. Los acreedores sitian pronto; pero tardan mucho en dar el asalto.

LUISA. Usted deberá...

ADOLFO. Yo no llevo nunca la cuenta; me la llevan...

LUISA. Lo que yo quiero saber son detalles de la almoneda. Todas habrán acudido como buitres á cebarse en mis despojos; no es verdad?

ADOLFO. A qué se lo he de ocultar á usted. Yo esperaba que por consideracion se hubiesen abstenido... Pero está visto, las mujeres son más crueles que los hombres. Todas han estado allí...

LUISA. Entreteniéndose en remover mis huesos, en profanar mis habitaciones... Ah! la escena habrá sido interesante! Las agudezas, el sarcasmo, la calumnia, habrán alternado con la lectura de los precios... (*Levantándose furiosa.*) Oh! si yo hubiera podido contestarlas...

ADOLFO. Sosiéguese usted Luisa: el Diario viene lleno de almonedas, quién sabe si otro dia le tocará á usted asistir á la que celebre alguna de ellas. Yo por evitar ese peligro, no conservo ya mas trasto que mi persona.

LUISA. Quién se ha llevado mi tocador de marfíl?

ADOLFO. Eso venia á contar á usted: ha sucedido la cosa más imprevista, más rara...

LUISA. (*Con interés.*) Hable usted... Cuando todas se ocupaban en registrar y regatearlo todo sin atreverse á comprar nada, se presentó una persona y dijo al encargado de la venta: «Yo me quedo con cuanto hay en la casa en el precio en que esté.»

LUISA. Qué dice usted? Una persona...

ADOLFO. No adivina usted?

LUISA. No sé quien pueda ser...

ADOLFO. Quién ha de ser? El marqués.

LUISA. El marqués!

ADOLFO. El marqués, que está loco por usted desde que la conoce.

LUISA. Pero esa imprudencia le habrá costado?...

ADOLFO. Veinte mil duros. Pero qué significa esa cantidad para un hombre tan poderoso?

LUISA. Yo no sé si agradecerle un rasgo tan delicado; pero que me compromete á los ojos del mundo. Y qué hicieron al ver?...

ADOLFO. Salir todas como bandada de palomas que sienten... el tiro.

LUISA. De gavilanes que huyen con la presa en las garras.

ADOLFO. Pues no sabe usted lo mejor.

LUISA. Todavía hay algo?...

ADOLFO. El marqués se dirigió en seguida á mí, y empezó á decirme que si él hubiera sabido la situacion de Ricardo, hubiese hecho llegar á sus manos, por medio de cualquier especulacion, cuanto hubiera necesitado. Se me presentó inconsolable por la desaparicion de usted, y juró descubrir su paradero, aunque la ocultase la tierra.

LUISA. Qué tenacidad!

ADOLFO. Es mayor de lo que usted se figura: no me ha dejado desde entonces ni de dia ni de noche, y se ha venido conmigo hasta la puerta.

LUISA. De veras? Qué temerario!

ADOLFO. A fuerza de ruegos he podido conseguir que no suba; pero ahí le tiene usted más enamorado que Macías, rondando sus balcones.

LUISA. Oh! suplíquele usted que se vaya. Ni quiero ni puedo recibirle...

ADOLFO. Dudo que me haga caso.

LUISA. Ese hombre atropella por todo...

ADOLFO. La costumbre. Ha sido militar y es rico.

LUISA. Estoy inquieta, alarmada...

ADOLFO. (*Despidiéndose.*) Luisa, he tenido un gran placer en volverla á ver... Ofrezco á usted mi voluntad de servirla; no tengo otra cosa.

LUISA. Por Dios, Adolfo, llévese usted á ese hombre...

ADOLFO. No espero conseguirlo. (*Sale.*)

ESCENA V.

LUISA, LUEGO EL MARQUES.

LUISA. Ah! si el marqués se atreve á subir... yo no sé qué hacer... Qué osadía! Dirá que yo misma le he dado derecho aceptando el aderezo... (*Acercándose á la puerta.*) Petra! Petra! Nadie responde! Disputan fuera... Es su voz... Oh! qué hombre!

MARQ. (*Que entra precipitadamente, apartando á Petra que se opone á su entrada.*) Luisa! perdone usted si me atrevo...

LUISA. Dios mio! retírese usted...

MARQ. Una palabra, una sola...

LUISA. Retírese usted, se lo suplico con toda mi alma...

MARQ. Cuando la desgracia se ceba en usted, cuando nadie se levanta á defenderla, séale permitido á un amigo ofrecer á usted su brazo y su fortuna...

LUISA. Gracias, marqués; pero su presencia de usted aquí me llena de terror...

MARQ. Luisa, cuanto yo valgo, cuanto yo poseo, la sangre de mis venas daria por sacar á usted de la situacion en que se halla... Si yo hubiera podido sospechar...

LUISA. Ya lo sé, y se lo agradezco; pero comprenda usted mi inquietud...

MARQ. Y me he de retirar dejando sumida en esta pobreza á una mujer como usted, delicada y aristocrática, cuya atmósfera ha sido siempre el lujo y la riqueza?

LUISA. Yo necesito seguir la suerte de mi marido...

MARQ. Si usted supiera que la marquesa y sus amigas se han dirigido á nombre de usted á la junta de socorros, y que ellas mismas vendrán pronto á traerla la limosna de los pobres.

LUISA. Cómo! pero eso es una iniquidad... un crímen!... un arma infame!...

MARQ. Que yo trataré de volver contra ellas, poniendo en el bolsillo de la caridad un millon de reales.

LUISA. Ah! señor marqués... pero entretanto, yo me moriré de vergüenza al verlas... Oh! qué les he hecho yo para que así me persigan?...

MARQ. Descender al abismo de la pobreza, despues de haberlas oscurecido con su lujo y su hermosura...

LUISA. Es decir, que el oro... los diamantes... son los únicos que inspiran respeto?...

MARQ. Vuelva usted á subir á la cumbre de la riqueza, y ellas volverán á caer á sus piés confusas y humilladas. Valor, Luisa...

LUISA. Ah! calle usted; no trastorne con sus palabras mi débil cabeza...

MARQ. En sus manos tiene usted la venganza...

LUISA. Váyase usted, le repito... No puedo seguir oyéndole...

MARQ. Prefiere usted verlas entrar por esa puerta? con la limosna de los pobres?

LUISA. Oh! nunca! Yo volveré á levantar delante de ellas mi cabeza coronada de pedrería. Vienen á provocarme á mi asilo; pues bien, yo saldré de él para luchar de nuevo...

MARQ. Luisa, yo sembraré de oro su camino.

PETRA. (*Entrando en la mayor agitacion.*) El señorito sube la escalera?...

LUISA. (*Llena de terror.*) Ah! estamos perdidos!...

MARQ. (He conseguido mi objeto.) No se asuste usted; yo me ocultaré en cualquier parte.

PETRA. Por Dios, que vá á llegar...

LUISA. Ocúltese... usted... Ah! dónde?

PETRA. Aquí. (*Lleva al marqués al primer cuarto de la derecha.*)

LUISA. (*Apoyándose en la mesa.*) Yo me muero!

PETRA. Por la Vírgen! Fínjase usted serena... muy serena...

LUISA. No puedo. (*Suena la campanilla con violencia.*)

PETRA. Voy corriendo.

LUISA. Esta vuelta repentina... Si sabrá... Yo no puedo vivir así.

RICARD. (*Entra en la mayor agitacion y se para cerca de la puerta mirando á todas partes.*) (Ah! está sola...)

LUISA. (*Con ternura.*) Ricardo!

ESCENA VI.

LUISA.—RICARDO.

LUISA. (*Dirigiéndose á él.*) Qué traes?... Dios mio!... Esa agitacion...

RICARD. (*Serenándose pero con recelo.*) Déjame que respire... que pueda mirarte tranquilamente...

LUISA. Pero qué ocurre?...

RICARD. Otra vez la sospecha y la duda se han interpuesto en mi camino...

LUISA. Cielos! Otra nueva calumnia...

RICARD. (*Tomándola una mano con dureza.*) Mírame cara á cara... Es posible que tú puedas faltarme? Tú á quien yo he levantado del polvo, á quien he sacrificado mi fortuna y mi existencia? Tú por quien yo he olvidado á mi madre?

LUISA. (*Sollozando.*) Qué dices? Tus palabras... Ricardo mio! yo faltarte...

RICARD. (*Con exaltacion creciente.*) Si fuera posible que tú mancharas el nombre que te he entregado, quién se atreveria á creer ya en el amor y en la virtud?

LUISA. Cálmate: me vas á hacer sospechar que has perdido la razon. Qué te han dicho?...

RICARD. Que el marqués estaba aquí... aquí, en mi casa, á tu lado...

LUISA. Oh! yo habia de preferir á ese hombre... (*Llorando.*) Me amas, y puedes dudar de mí!

RICARD. Imposible! Si esas lágrimas pueden ocultar una traicion, en dónde está la verdad?

LUISA. (Esto es horrible! yo me ahogo.) Se han empeñado en destruir nuestra felicidad y lo conseguirán...

RICARD. Antes se juntará la tierra con el cielo... ya estoy tranquilo... ya puedo explicarte lo que ha pasado...

LUISA. Quién ha sido el infame?

RICARD. Tomás, el mismo hombre de siempre; pero esta vez sereno y muy seguro de sus palabras, me ha acompañado hasta la calle y me ha enseñado el coche del marqués...

LUISA. Oh! aprovechando siempre las apariencias para acusarme... Tú mismo sabes que el marqués me persigue: acaso habrá descubierto nuestro paradero y andará rondando la calle...

RICARD. No la rondará mucho tiempo... Ese hombre se ha propuesto deshonrarte con su persecucion... Esto no puede seguir... Al hombre que nos hace un agravio en un momento de cólera, se le trata generosamente... Al ladron que acecha nuestra casa, que atenta á nuestra honra...

LUISA. Qué piensas hacer?

RICARD. (*Con ferocidad.*) Matarle donde le encuentre.

LUISA. Oh! otra nueva desgracia... (*Deteniéndole al ver que se dirige á la izquierda.*) A dónde vas?...

RICARD. Voy á mi cuarto...

LUISA. Todo lo comprendo... Tus armas están allí... (*Sujetándole.*) Nunca...

RICARD. (*Desasiéndose.*) Déjame: antes de salir necesito registrar mi casa... es muy fácil sobornar á una criada...

LUISA. Oh! eso es ofender á tu Luisa...

RICARD. Quiero dejarte tranquila... Tú no sabes hasta dónde llega la osadía de ese cobarde, de ese malvado...

LUISA. (*Llena de terror.*) Ricardo... no ves que no puedo tenerme en pié?

RICARD. Luisa, ese miserable está jugando todos los dias con tu nombre, comprometiéndote á los ojos del mundo... En la almoneda acaba de dar un escándalo inícuo... Yo seria indigno de tu amor si no aplastara á esa serpiente que se ha enroscado á tus piés.

LUISA. Sosiégate y ya pensaremos...

RICARD. (*Fuera de sí.*) No; la reflexion es la cobardía... muchas veces la infamia! (*Desasiéndose de ella y entrando en la habitacion de la izquierda.*) Ahora mismo... ahora.

LUISA. (*Dejándose caer en el sofá.*) Ah!

ESCENA VII.

LUISA, EL MARQUES, RICARDO.

(*El marqués sale de la habitacion de la derecha y se dirige á Luisa.*)

LUISA. (*Con espanto al verle.*) A dónde va usted? Qué quiere?

MARQ. Salvarla á usted la vida... Mi coche nos espera á la puerta. Huyamos. (*La coje de la mano.*)

LUISA. Huir! Qué es lo que usted dice, escóndase usted... Que vá á salir...

MARQ. (*Tirando de ella.*) Que salga. Si usted no me sigue aquí le espero.

LUISA. (*Resistiendo.*) Ah! por Dios!... Qué horror!... le va á matar á usted...

MARQ. (*Soltándola.*) Yo le diré que usted me ha citado aquí y la matará á usted primero.

LUISA. (*Asustada.*) No... no... eso es infame... (*Ahogándose entre sollozos.*) Oh! yo me ahogo!...

MARQ. Qué sale!... Pronto... Aquí la muerte... fuera de aquí la riqueza... la felicidad. Valor Luisa...

LUISA. Defiéndame usted si sale...

MARQ. No oye usted sus pasos?... Vamos. (*Empuja á Luisa hácia la puerta.*)

LUISA. (*Avanzando empujada por el marqués.*) No puedo andar... (*Al llegar á la puerta.*) Ah! no... no...

MARQ. (*Señalando á la puerta.*) Allí está! (*Al ver á Ricardo que aparece dá un grito y huye fuera de sí impulsada por el miedo y el espanto; el marqués la sigue precipitadamente y apenas traspone el umbral cierra la puerta y echa la llave.*)

RICARD. (*Al verlos: fuera de sí.*) Qué veo! (*Con voz terrible.*) Infames! (*Monta una pistola y se precipita sobre ellos.*) *Ricardo empujando con violencia.*) Miserables! (*Haciendo saltar la cerradura y saliendo furioso y desatentado.*) Sangre! Sangre! (*Apenas desaparece se oye el ruido de un coche que parte.*) (*Volviendo á entrar en la escena descompuesto y furioso un instante despues.*) Maldicion! El coche ha partido! Por el balcon todavía... (*Se abalanza al balcon y vuelve á la escena jadeante y desalentado. Con desesperacion.*) Han huido!... Yo la he cubierto de honra y ella me cubre de infamia! (*Sollozando.*) Ahora comprendo mi error! Yo solo... yo soy el culpable... ella no ha hecho mas que seguir su camino!... Oh! ya no hay mas que una solucion!... La muerte es el descanso... Acabemos. Ya no me queda nadie en el mundo!...

ESCENA VIII.

RICARDO.—LA CONDESA.

COND. (*Entrando precipitadamente, con un grito terrible desde la puerta.*) Hijo mio! te quedo yo.

RICARD. (*Dejando caer la pistola.*) Madre! (*Se arroja en sus brazos con frenesí. Pausa. Cayendo de rodillas.*) Madre mia! por haber desoido sus consejos... Yo desgraciado para siempre y ella... sin castigo.

COND. No sin castigo: tu madre ha velado por tí hasta el último momento... (*Al ver á Tomás que entra.*)

ESCENA IX.

DICHOS.—TOMAS.

COND. Tomás!

TOMAS. Señora, ya están en poder de la Justicia. El coche ha sido detenido...

RICARD. (*Levantándose.*) Ahora queda mi venganza!

COND. No hijo mio, tu arrepentimiento... La culpa es tuya... Has sembrado desobediencia y recoges lágrimas. Hijo, un casamiento como el tuyo, no puede dar mas que frutos de amargura.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 13 de Octubre de 1861.

El censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

ADVERTENCIA Á LOS TEATROS DE PROVINCIA.

Cuando los directores de escena no puedan disponer de un aderezo que se ajuste á la descripcion de la escena 5.ª del acto segundo, suprimirán las palabras que crean necesarias. Un collar y unas pulseras pueden servir lo mismo para el efecto dramático.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Los pobres de Madrid.
Una mujer de historia.
Un sobrino, (zarzuela.)
El camino de presidio.
Madrid en 1818.
Culpa y castigo.
Por ser ella sin ser ella.
Los fugitivos de la India.
Dos mirlos blancos.
Soberbia y humildad.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento.
Frutos amargos.

El oficialito.
Ataque y defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un hidalgo aragonés.
Un verdadero hombre de bien.
La esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, hijo!
No se venga quien bien ama.
La estudiantina.
La escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
La caberna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y desengaños.
La amistad ó las tres épocas.
El Diablo las cargas.

EN DOS ACTOS.

Desdichas de Timoteo.
La luna de miel.
Un ente como hay muchos.
Cornelio Nepote.
Los pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo, ó el Príncipe de Montecresta.
Las diez de la noche.
El congreso de gitanos.
El preceptor y su mujer.
La ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el albañil.
María y Felipe.

EN UN ACTO.

La señora de Mendoza?
De fuera vendrá...
Juan el tornero.
La doctora en travesuras.
Un milagro del misterio.
La mula de mi doctor.
A los piés de V., señora.
Remedio para una quiebra.
El sistema de Felipa.
El sistema de Felipe.
La mujer de dos maridos.
Ladron y verdugo.
La astucia rompe cerrojos.
Un viaje alrededor de mi mujer.
Un viaje alrededor de mi marido.
El marido universal.
Un sentenciado á muerte.
No se hizo la miel...
Los preciosos ridículos.
Lo que al negro del sermon.
La union carlo-polaca.
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un fusil del Dos de Mayo.
Cuerdos y locos.
Pst., Pst.
Entre Scila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La piel del diablo.
Si buenas ínsulas me dan...
El perro rabioso.
De qué?
La herencia de mi tia.
La capa de Josef.
Alí-Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los apuros de un guindilla.
El sacristan del Escorial
El sol de la libertad, *loa.*
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos casamientos ocultos.
Cinco piés y tres pulgadas.
A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De potencia á potencia.
Las avispas.
El aguador y el Misántropo.
Acertar por carambola.
El rey por fuerza.
Las obras de Quevedo.
Un protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El chal verde.
El don del cielo.
La esperanza de la patria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
¡Estrupicios por amor!
Mi media naranja.
Un ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton!... y soy dichosa.
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y mujer.
Cuerpo y sombra.
Un angel tutelar.
El turron de Noche-buena.
La casa deshabitada.
Un contrabando.
El retratista.
Un año en quince minutos.
¡Un cabello!
Como usted quiera.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS A TODA ORQUESTA.

Concha!
Diego Corrientes.
El Padre Cobos.
Una aventura en Marruecos.
Haydé ó el secreto.
El Tren de escala.
Aventura de un cantante.
La estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El Duende.
El Duende, segunda parte.
Las señas del Archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El campamento.
Por seguir á una mujer.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El marido de la mujer de don Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!
Los dos Venturas.
De este mundo al otro.
El sacristan de San Lorenzo.
El alma en pena.
La flor del valle.
La hechicera.
El novio pasado por agua.
La venganza de Alifonso.
El suicidio de Rosa.
La Pradera del Canal.
La Noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del Duende, para piano y canto.

ADVERTENCIA.

Pidiendo ejemplares á la Direccion se hace una rebaja proporcionada á la importancia del pedido.